

SEGUIR A JESÚS CONTEMPLATIVO

«... Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú misma me pedirías a mí, y yo te darla agua viva... el que beba del agua que yo le daré no volverá más a tener sed. Porque el agua que yo le daré se hará en él manantial de agua que brotará para la vida eterna...» (Jn 4,10-14).

El seguimiento de Jesús en su amor al hermano y al pobre, hasta estar dispuestos a entregar nuestra vida, no es el resultado de nuestro puro esfuerzo o de la decisión de nuestra voluntad. Ser fieles a este seguimiento no sólo por un tiempo o impulsados por la juventud o el entusiasmo, sino por toda la vida, va más allá de nuestras posibilidades. Pero «lo que es imposible para los hombres es posible para Dios».

El seguimiento de Jesús se nos revela así como un don de Dios. El don que Cristo ofreció a la samaritana en el pozo de Jacob, que se hace en nosotros como fuente de agua inagotable, que hace que no volvamos a tener más sed (Jn 4,10-14); que nos hace nacer de nuevo, en el Espíritu (Jn 3,5ss), y que nos transforma de egoístas en seguidores. Hablar del seguimiento de Cristo es hablar de disponernos a recibir y a crecer en este don. Es hablar de la dimensión contemplativa de la vida cristiana y del camino de nuestra oración.

El don de Dios se nos comunica privilegiadamente en la oración, en la cual nos revestimos de Cristo, que nos transmite de su plenitud. La oración nos comunica la experiencia de Jesús. Esta experiencia, contemplativa, es necesaria para mantenernos siempre fieles a las exigencias de su seguimiento. Más aún, la oración es parte integral de este seguimiento: seguir a Jesús es seguirlo también en su oración y contemplación, en la cual El expresaba su absoluta intimidad con el Padre y la entrega a su voluntad.

La oración es además inseparable del seguimiento por los motivos que a éste lo inspiran: por su mística. Lo que le da calidad a todo compromiso es la mística que lo anima o los motivos de ese compromiso. Si no hay motivaciones profundas y una mística estable, el compromiso se seca. Esto es especialmente cierto en la espiritualidad cristiana, cuyas motivaciones no se extraen de la pura razón humana o de los análisis e ideologías, sino de las palabras de Jesús, acogidas en la fe. Nutrir, hacer una experiencia personal de esas palabras en nuestra oración contemplativa es nutrir nuestra mística y hacer de nuestros motivos para seguirlas una «fuente de agua viva».

La mística de nuestro seguimiento es inseparable de la experiencia de nuestra oración.

La oración cristiana

El ponernos el problema de si la oración tiene aún sentido en el mundo de hoy no es inútil. En la teoría y en la práctica muchos cristianos dudan de la eficacia y significación de su oración, en una cultura que se seculariza, donde las estadísticas y la técnica prevén el futuro cercano más y más, donde el hombre adquiere creciente responsabilidad y dominio sobre la naturaleza y sus leyes. Más aún, en este contexto la oración puede parecer una evasión, una alienación...

En fin, a muchos les parece que la oración refuerza un dualismo (encuentro con Dios en la oración - Dios en el servicio a los hombres) hoy día ya superado.

En los principios de solución que aportamos en seguida suponemos que la formulación de la oración cambia, aunque sea un valor permanente de nuestra vida cristiana. Se puede formular en forma muy diferente, según las culturas y según la sensibilidad de una época.

No logramos integrar nuestra oración con nuestra vida porque es diferente el modo como debemos formularnos hoy la oración y la manera como nos formaron sobre la misma. Esto ha producido crisis. No se sabe cómo integrarla dentro de las exigencias psicológicas del momento actual.

Tenemos en primer lugar un hecho impresionante: que Cristo, perfecto hombre y Cabeza de la humanidad, oró. Oró e hizo de la oración uno de los centros de su vida. Y Jesús -el mismo ayer, hoy y siempre- continúa hoy su vida de oración junto al Padre «siempre vivo intercediendo por nosotros» (Heb 7,25). Esta oración fue y es salvadora para los hombres, y actúa e influye en aquellos que ni la técnica ni el hombre pueden alcanzar: el pecado, la libertad, la fe, el amor y la redención. Por nuestra oración nos incorporamos a esta oración de Cristo, y entramos muy realmente a colaborar con El en la salvación profunda de los hombres y de la historia. Dios quiere que colaboremos con El, y en esta perspectiva la oración -tanto como la acción apostólica- nos hace entrar de lleno en la misión de Cristo más allá de los sentidos y del poder del hombre.

Por otra parte, para dar todo el sentido a la oración cristiana es necesario estar convencidos de que nuestro Dios es un Dios personal, una Persona que oye, que se comunica, con la cual podemos relacionarnos y entrar en intimidad como con cualquier persona. El Dios que se nos revela en Jesucristo no es una causa primera o un abstracto filosófico. Es una persona real, con inteligencia y voluntad, que ha decidido entrar en nuestra historia, llevarnos a la participación de su vida, escucharnos e introducirnos a su colaboración. Si estamos convencidos de todo esto, la oración no es una práctica o un «ritualismo», sino más bien una respuesta a la vocación cristiana, una necesidad del amor y una comprobación de que no hay verdadera amistad y colaboración con la Persona-Dios sin permanente diálogo y comunicación con El.

El hombre, por su misma naturaleza y por el dinamismo del germen bautismal, está llamado a encontrarse con Dios no sólo por mediaciones (el prójimo, el trabajo, los acontecimientos, etc.). Puede y debe encontrarlo tal cual es. Contemplar a Dios, la Verdad y el Bien tal como es. Este es un valor al cual el hombre no puede renunciar. Hay entonces, históricamente en el hombre, una vocación nata a contemplar a Dios cara a cara (vocación

contemplativa). Si no lo logra, será un ser no realizado. Difícilmente podrá luego encontrar a Cristo en los demás. Y la oración esencialmente es la respuesta a esta vocación del hombre, es la única actividad que nos une a Dios «cara a cara», sin mediaciones, a no ser la oscuridad de la fe. El tipo de encuentro con Dios en la oración es de otro nivel y calidad que los otros encuentros (prójimo, etc.), y no podemos renunciar a él sin cercenar nuestra realización y destino. Por lo mismo, la oración se constituye en la garantía de que realmente hallamos a Cristo en el prójimo y en la historia y de que no nos quedamos en buenos deseos.

La capacidad para encontrar a Cristo en los demás no proviene de nuestro esfuerzo psicológico, sino de una gracia que emerge de nuestra conciencia, fruto de la fe nutrida por la oración, que nos da la experiencia de Cristo en su fuente. La oración cristiana entonces está en otro nivel que el de las estadísticas, la psicología o el avance técnico. No entra en competencia con éstos ni tampoco está en peligro por el progreso del hombre. Como igualmente Dios y la libertad o el progreso no se excluyen. Eso sí, con tal que la oración sea auténtica, es decir, expresión de un amor personal a Dios y a los demás. Al fin de nuestros días seremos juzgados por nuestro amor (no tanto por la oración...), pero la oración precisamente es una prueba privilegiada de nuestro amor a Dios, y nos lleva igualmente al amor de los demás, ineludiblemente, si es auténtica. La disyuntiva «o la oración o el servicio de los otros» es falsa, supone una «oración» que no es cristiana, alienada, sin referencia al mundo y a nuestros hermanos. La oración no es un refugio en Dios que nos aleja de nuestro compromiso con el hombre; es impulso progresivo que nos revela que esa Persona que encontramos en la oración debemos igualmente encontrarla en los demás. ¿Y la oración de petición? ¿Tiene sentido cuando el hombre domina las leyes de la naturaleza? Ya dijimos que la oración cristiana nos hace participar de la oración de un Cristo que pide incesantemente por la conversión y el desarrollo del hombre. Y esta oración es lo único que puede influir en lo que el hombre tiene de trascendente sobre cualquier ley o progreso: su libertad. Oramos y pedimos porque sabemos que sólo Dios puede cambiar una libertad sin anularla, y que en definitiva de la libertad del hombre dependen las grandes decisiones personales e históricas. En el apostolado, en concreto, la oración va más allá de los límites de la acción. La misma experiencia nos demuestra que todo nuestro celo y organización se enfrenta al fin con una realidad que no podemos cambiar: la libertad humana. Y ahí es donde la fe nos revela nuestra posibilidad de transformar esa libertad en colaboración con Dios, para salvar, convertir, hacer llegar la paz, llegar a las decisiones que preparen la justicia y la fraternidad. Por todo lo dicho vemos que la oración no está en el nivel de lo empírico, no es una necesidad psicológica o sentimental. Es una convicción de la fe. Esto mismo implica las dificultades que encontramos para orar o para creer verdaderamente en la oración. Sus efectos, sociales, apostólicos o psicológicos, no se comprueban inmediatamente. Se realizan a largo plazo, profundamente, envueltos en las decisiones de la libertad humana, y en la marcha de la historia. Pues Dios ha querido asociarnos a su Providencia para que colaboremos en el quehacer de la historia no sólo actuando, sino también orando.

De ahí la necesidad de basar nuestra oración en firmes convicciones enraizadas en la fe cristiana. De otro modo, si nuestra adhesión a ella es sólo psicológica o sensible, fácilmente abandonamos su práctica por cualquier actividad o cosa más o menos importante.

Habitualmente, el problema de la «falta de tiempo» para orar está ligado a esto.

Por último, y ahora desde el punto de vista de la vida, y de la vida cristiana y del apostolado, sabemos que hay ciertas exigencias evangélicas, sobre todo en el orden de la caridad heroica, de la generosidad y de la cruz, de la fidelidad a nuestra misión más allá de toda decepción, ante las cuales necesitamos gracias «sobrehumanas», una presencia muy especial de Cristo.

Ahora bien, hay gracias y hay experiencias de Cristo en nuestra vida que Dios no nos da sino en la oración. Es ahí, en un encuentro con Jesús-Persona, cada día renovado, donde desarrollamos la connaturalidad con Dios para ver las cosas, para juzgar, para reaccionar y amar según el Evangelio. La falta de oración necesaria en nuestra vida, si es culpable y habitual, nos conduce a una especie de anemia espiritual y apostólica, con la consiguiente impotencia de ser fieles a todas las exigencias del Evangelio.

Otra característica de la oración cristiana estriba en que es una respuesta a la iniciativa de Dios, de Dios que habla. No es el hombre el que toma la iniciativa en la oración, es Dios quien le ha hablado primero, quien lo ha llamado en el curso de su vida, llamado al cual responde el hombre con su actitud de oración. El cristianismo no es una religión como las demás, en que el hombre busca a Dios y satisface en su vida religiosa su necesidad natural de relacionarse con su Creador; el cristianismo es ante todo la religión de un Dios que busca al hombre, que ha tomado la iniciativa para amarlo, salvarlo y formar con Él una unidad en la caridad.

La liturgia, maestra de la oración, se encarga de significar este misterio de llamada y de respuesta a través de su estructura misma: en la liturgia habitualmente la oración (cantos, silencios, oraciones comunes, etc.) sucede a la proclamación de la palabra, es una respuesta del hombre que acaba de escuchar en primer lugar la Palabra de Dios que le ha hablado. Esta estructura de la liturgia revela todo el profundo sentido de la oración cristiana.

Esta oración, que ha de ser una respuesta de Dios en Cristo, adquiere un carácter histórico y encarnado que también es característico del cristianismo. Si hubiera que hacer una distinción fenomenológica entre la oración de un budista y la de un cristiano, habría que hacer esta distinción en el nivel de la historia y la Encarnación: el diálogo del cristiano con su Dios forma parte de una Historia personal y colectiva, localizable en el tiempo y relacionada con experiencias y acontecimientos.

Por eso la oración cristiana se caracteriza por tener una antropología. Toma en cuenta al hombre concreto,

histórico, encarnado, con un cuerpo, con una existencia y un ser sensible a palabras y a signos. Este elemento antropológico de la oración cristiana ha sido a menudo olvidado por los pastores, no solamente en la oración litúrgica, sino también en la oración privada.

Para que la oración abarque la plenitud de una persona que se relacione con su Dios no podemos menospreciar las posturas, las actitudes corporales; la inteligibilidad y el valor afectivo de los signos religiosos, de las expresiones vocales, de los textos que nutrirán la oración... Esto, que es esencial a la liturgia, no debe ser tampoco descuidado en la educación de la oración personal.

Por eso el problema de nuestra oración está ligado a nuestro modo de vivir. Hay estilos de vida sin ningún control ni disciplina personal, psicológicamente incompatibles con actividades que nos exigen el ejercicio de la fe, como la oración. Si ello no existe no tendremos la libertad necesaria para un encuentro con Dios auténticamente contemplativo.

Hace falta la disciplina de vida, es indispensable tener un mínimo de autocontrol para ser fieles a la oración y a sus leyes humanas.

Otro elemento importante en esta antropología es el método. Desde el siglo XVI se insistió mucho en los métodos para orar. Aquí no nos referimos a la rigidez de esos métodos tradicionales, sino a la manera personal de ayudar a nuestras facultades para concentrarnos en Dios. Esto no hay que descuidarlo si no se quieren multiplicar innecesariamente las dificultades prácticas y las distracciones en la oración.

Nuestras distracciones no nos deben afectar. Lo que importa es la eficacia del trabajo que el Espíritu Santo hace en nosotros. Las distracciones tienen que ver con nuestra parte afectiva, y durante las mismas aflora todo aquello que nos ayuda a conocernos mejor.

Afloran en esos momentos las motivaciones profundas de nuestro subconsciente, las personas y asuntos que nos preocupan. Todo eso hemos de entregar también al Señor; forma parte de la sinceridad de nuestra oración.

Y en fin, toda oración cristiana tiene un sentido eclesial. Es decir, nunca el cristiano ora verdaderamente solo, aun en sus momentos de oración más privada. Siempre ora como parte de un todo que es la Iglesia, siempre es solidario con sus hermanos, siempre reza en cierta manera «con la Iglesia».

Por último, debemos decir que las reflexiones que hemos hecho sobre la naturaleza de la oración nos llevan a redefinir al auténtico contemplativo cristiano.

La contemplación no es lo que teníamos como imagen tradicional. No es la fidelidad a prácticas de oración. Las prácticas son sólo un medio, no constituyen la contemplación de la fe. El contemplativo hoy es aquel que tiene una experiencia de Dios, que es capaz de encontrarlo en la historia, en la política, en el hermano, y más plenamente, a través de la oración.

En el futuro no se podrá ser cristiano sin ser un contemplativo, y no se puede ser contemplativo sin tener una experiencia de Cristo y su Reino en la historia. En este sentido, la contemplación cristiana garantizará la supervivencia de la fe en el mundo secularizado o politizado del futuro.

SEGUNDO GALILEA

RELIGIOSIDAD POPULAR Y PASTORAL.

Edic. CRISTIANDAD. Madrid-1980. Págs. 289-297